

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA MEDIEVAL, MODERNA
Y CONTEMPORÁNEA



Tesis doctoral

Castilla libre. Anarquistas y campesinos en Castilla
la Nueva durante la guerra civil española (1936-
1939)

Isaac Martín Nieto

Directores

Manuel Redero San Román

Mariano Esteban de Vega

Salamanca, 2019

V.º B.º de los directores

Fdo.: Manuel Redero San Román

Fdo.: Mariano Esteban de Vega

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
-------------------	---

PRIMERA PARTE

CASTILLA REBELDE, CASTILLA REVOLUCIONARIA

1. SUBLEVACIÓN MILITAR Y MOVILIZACIÓN OBRERA.....	13
Madrid.....	13
Toledo, Guadalajara, Cuenca, Ciudad Real	26
La sociedad rural	33
El poder	38
2. CASTILLA EN LOS AÑOS TREINTA.....	55
Entre el campo y la ciudad.....	56
Entre la agricultura tradicional, la pequeña industria y el comercio modesto	60
Entre labradores y jornaleros, entre patronos y obreros.....	78
3. LA REVOLUCIÓN SOCIAL	87
Matar	87
Expropiar.....	99
Un anarcosindicalismo poco revolucionario.....	102

SEGUNDA PARTE

LEJOS DEL PARAÍSO TERRENAL

4. REBAÑO SIN PASTORES	121
Sin piedad.....	121
Sin perdón	127
Sin pastores	141
5. PASTORES SIN REBAÑO	149
Jerusalén.....	149
La palabra.....	154
Sin rebaño	165

TERCERA PARTE
AL ESTE DEL EDÉN

6. ESTRATEGIA	177
Todavía la Alianza Obrera Revolucionaria.....	177
De nuevo los campesinos	196
7. ORGANIZACIÓN	207
Los comités	207
Los periódicos	232
8. EL REBAÑO, LAS OVEJAS Y LOS LOBOS.....	245
El rebaño	245
Las ovejas.....	251
Los lobos	258
9. EL JARDÍN DEL EDÉN.....	271
Los consejos	271
Las colectividades	280
Los campesinos	290
CONCLUSIÓN	297
APÉNDICE	301
Cuadros	303
Gráficos	345
Mapas	399
BIBLIOGRAFÍA	489

INTRODUCCIÓN

Los anarquistas no habían logrado movilizar a los campesinos cuando aconteció la rebelión militar de julio de 1936. La CNT era para ese entonces una organización esencialmente urbana. Andalucía era solo la excepción que confirmaba la regla. En el resto de España los anarquistas apenas contaban con seguidores entre los campesinos. Castilla la Nueva incluida. Un par de meses antes, en mayo, los anarquistas tenían en la región unas cinco decenas de sindicatos y agrupaban en los mismos a cerca de 36.000 afiliados. Pero buena parte de esos sindicatos y casi todos esos afiliados correspondían a la ciudad de Madrid. En esta zona la CNT era Madrid. Era sus albañiles, sus obreros del metal, sus transportistas, sus camareros, sus dependientes de comercio, sus ferroviarios y sus trabajadores de la madera. Todo cambió, sin embargo, durante la guerra a que condujo el fracaso de esa rebelión. Los anarquistas fundaron sindicatos por doquier, en toda la región, por todas las provincias, en infinidad de pueblos. Y los llenaron de campesinos. Y la CNT dejó de ser Madrid y sus obreros y empleados. Y pasó a ser una organización tanto urbana como rural. Pasó a ser tanto sus obreros y empleados como sus campesinos.

Este libro explica el triunfo de los anarquistas entre los campesinos castellanos. Y lo explica destacando las condiciones sociales y políticas que lo permitieron. Porque la estrategia de los anarquistas de esta región fue exactamente igual a la de los del resto de la zona republicana. Consideraban que la socialización de los medios de producción, incluida la tierra, por supuesto, era uno de los requisitos de la victoria sobre los militares insurrectos. Por eso en todos los lugares pretendían los anarquistas movilizar a los jornaleros y a todos aquellos propietarios de tierra que no recurrieran al trabajo asalariado para construir colectividades con que cultivar tanto las fincas que hubieran sido expropiadas tras la rebelión militar a los terratenientes como las que aportaran esos propietarios de tierra voluntariamente. La razón de su éxito o de su fracaso no dependió, en consecuencia, de su estrategia, sino de que hubiera campesinos dispuestos a entrar en la CNT. Y eso fue precisamente lo que encontraron en esta región. Aquí abundaban tanto los jornaleros como esos propietarios que no necesitaban de mano de obra asalariada para sacar adelante sus explotaciones. Los primeros llevaban en la UGT desde antes de la guerra. Los segundos, en cambio, quedaron completamente desamparados e indefensos cuando la revolución que siguió a la rebelión militar, dirigida en la sociedad rural por socialistas y comunistas, se llevó por delante a las organizaciones políticas y sindicales conservadoras y reaccionarias que hasta entonces los habían movilizado y dejó malparada la capacidad del Estado de proteger a sus ciudadanos.

La forma de explicar el triunfo de los anarquistas entre los campesinos castellanos es lo que ha determinado la estructura del libro. Está dividido en tres partes. En la primera relato la rebelión militar y la respuesta que recibió por parte de los partidos y los sindicatos de izquierda, describo las estructuras sociales y económicas que caracterizaban

a la sociedad regional y analizo el proceso revolucionario que dichos partidos y sindicatos desataron tras la neutralización de esa rebelión militar. En la segunda parte detallo la situación en que estaban los campesinos y los anarquistas en el otoño de 1936, una vez que lo peor de la revolución hubo quedado atrás. Los primeros, desamparados políticamente y desprotegidos jurídicamente. Los segundos, todavía reclusos en Madrid. En la tercera parte examino la estrategia y la organización que los anarquistas adoptaron para meter en sus sindicatos a los medianos y pequeños labradores, describo el éxito que cosecharon entre los campesinos y la oposición que dicho éxito despertó entre el resto de las organizaciones políticas y sindicales y analizo el poder político y económico que la movilización de los campesinos permitió adquirir a los anarquistas y la estrategia que dichos campesinos llegaron a utilizar para alcanzar el poder sin necesidad de contar con los anarquistas.

La movilización de los campesinos por parte de los anarquistas no estuvo, con todo, determinada por la estructura social y económica. Tampoco por el escenario abierto por la rebelión militar y la revolución social. Y mucho menos lo estuvo por la cultura libertaria. No fue, en otras palabras, resultado de la oportunidad política que la rebelión y la revolución representaron, de las estructuras de movilización o del repertorio de acciones con que contaba la CNT o del marco interpretativo con que los anarquistas definían la situación configurada por esa sublevación y esa revolución. Las teorías de los movimientos sociales sirven muy bien para guiar la investigación, para ordenar la evidencia y organizar la exposición, pero no para explicar las acciones sociales, porque restan libertad a los sujetos, porque desplazan a un segundo plano su capacidad de decisión. Y es que la movilización de los campesinos en la CNT fue eso precisamente, el producto de una decisión, el resultado de la estrategia que los anarquistas adoptaron para ganar la guerra, que pasaba por movilizar no solo a los jornaleros, sino también a los pequeños propietarios. Y fue una decisión que tomaron libremente. Ni la oportunidad política ni las estructuras de movilización o el repertorio de acciones de la CNT ni el marco interpretativo de los anarquistas les obligó a nada.

Los anarquistas adoptaron la decisión de movilizar a los campesinos, eso sí, en unas condiciones sociales y políticas determinadas que limitaban sus posibilidades de acción. Abrían unas, es cierto. Pero eliminaban otras, innegablemente. Y es que, como diría Karl Marx, los anarquistas hicieron «su propia historia», aunque no «a su libre arbitrio, bajo unas circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias» con que se encontraron «directamente», que existían y que les habían sido «legadas por el pasado». Los anarquistas, en suma, decidieron, desde luego, pero en un contexto dado. Y eso que la movilización de los campesinos no estaba prevista en su cultura. La política de respeto al pequeño propietario no estaba prevista en su práctica o en su discurso. No podía estarlo. Porque fue la solución que los anarquistas proporcionaron a un problema muy concreto. La guerra no iba a terminar en unas semanas. La lucha por el poder tampoco. La hegemonía iba a depender de la movilización de la población. Y los jornaleros estaban en la UGT. Los anarquistas empezaron entonces a movilizar a los medianos y pequeños propietarios y arrendatarios y a explicar que era necesario para ganar la guerra. Max Weber habría llamado a eso acción social. Un «comportamiento» al que los «agentes» asocian un propósito, un «significado subjetivo», referido al «comportamiento» de «otros».

La teoría de la acción colectiva, el materialismo histórico y la sociología comprensiva son los pilares sobre los que descansa el enfoque teórico y metodológico del

libro. Este, sin embargo, también le debe mucho a esos historiadores que tanta influencia han ejercido sobre mi forma de reconstruir el pasado. Y es que el argumento, la estructura e incluso el estilo del libro habrían sido totalmente distintos de no haber leído a Joaquín Romero-Maura, a Santos Juliá, a José Álvarez Junco, a Julián Casanova, a Fernando del Rey. Habrían sido completamente diferentes si no hubiera sabido de *La rosa de fuego*, de *Madrid*, de *El emperador del Paralelo*, de *De la calle al frente*, de *Paisanos en lucha*. Esos historiadores me han enseñado con sus libros a pensar, a investigar, a contar, a explicar, a interpretar, a escribir. Incluso me mostraron lo esencial que para la historia resulta la teoría. Me descubrieron a los analistas de los movimientos sociales, a los marxistas británicos, a Weber. Y me ilustraron tanto sobre la necesidad de devolver a los sujetos, a los individuos o a los grupos, su libertad de acción como sobre la importancia de no perder nunca de vista el escenario en que esos sujetos hacen su historia. Ellos quizá no lo sepan nunca. Creo, con todo, que es de justicia dejar este homenaje por escrito.

Aunque para homenaje el que se merecen mis directores. Sobre todo, claro, Manuel Redero San Román, que ha estado conmigo desde el principio. Me ha apoyado. Me ha guiado. Me ha animado. Y, ante todo, ha confiado en mí, en mis capacidades y en mis habilidades. Si viajara atrás en el tiempo y tuviera que elegir director de nuevo, no lo dudaría. Volvería a entrar en su despacho. A Mariano Esteban de Vega también le debo mucho. Más de lo que imagina. Porque es probable que no hubiera entrado en ningún despacho en busca de dirección si no hubiera visto en mí que tengo «madera de historiador». A los dos les agradeceré siempre todo lo que han hecho por mí. No son ellos, con todo, los únicos a los que debo gratitud por haberme ayudado y apoyado durante los años que me ha llevado terminar este libro. La Universidad de Salamanca, para empezar, me concedió una beca con la que pude vivir durante la primera etapa. Los funcionarios y los empleados de los archivos y las bibliotecas que la investigación me ha obligado a visitar han sido siempre muy amables y muy serviciales. Muchos de los colegas que he conocido durante este viaje se han convertido en amigos. Sin su ayuda y su apoyo no habría alcanzado la última estación. María Migueláñez, Pepe Hernández Barral, Miguel Artola, Fernando del Rey y Manuel Álvarez Tardío siempre me han recibido con los brazos abiertos en Madrid. Assumpta Castillo, David Alegre, Miguel Alonso y Javier Rodrigo han hecho lo propio en Barcelona. Y Juan Carlos Colomer y Javier Navarro, en Valencia.

Los amigos y la familia también han contribuido en gran medida a que este libro llegara a buen puerto. Álvaro Carvajal, Fran Vicente, Paula Ortega, Reyes de Soto, Iván Pérez, Chema Aldea, Ana González-Muriel, Laura Pascual, Sandro Jiménez, Inés Olivera, Laura Gómez, Manuel Navarro, Carlos y Javier Lumbreras, Alejandro López-Lafuente, Hugo Hernández y Fernando García han hecho que me sintiera como en casa cuando estaba en Salamanca. Carmen Ramos, Alonso Carmona, Sergio Donoso, Lucía Donoso, Miguel Gómez, David Moreno, Fátima Fernández, Diego Benítez-Cano, María Jesús Sánchez, Beatriz García y Diego y Santiago Benítez-Cano han sido como hermanos. Mis padres, Antonio Martín y Ángela Nieto, y mi hermana, Diana Martín, han sido, en cualquier caso, la clave. Todo lo demás habría resultado inútil sin ellos. Lo han hecho posible. Le han dado sentido. Ni los amigos ni la familia se han limitado, de todos modos, a apoyar mi esfuerzo. Muchos también han contribuido con el suyo. Mis padres han realizado un trabajo ímprobo con las estadísticas que hay detrás del libro. Sin Diego y Paula no habría podido elaborar los mapas que acompañan a la obra. Y otros, como

Álvaro, Carmen, Alonso o mi hermana, me han leído, me han aconsejado y me han permitido mejorar. Gracias. A todos.

CONCLUSIÓN

Los anarquistas no lideraron ni la movilización civil contra la rebelión militar ni la revolución social que siguió a la misma en Castilla la Nueva. Su papel fue secundario tanto entre los grupos de civiles armados que apoyaron a los militares y a los guardias que trataron de neutralizar el golpe de Estado como entre los comités y las milicias que los partidos y los sindicatos de izquierda crearon para organizar la lucha contra los militares rebeldes y que los socialistas, los comunistas y los anarquistas utilizaron para impulsar la revolución social. Una revolución social que vino a descargar toda su fuerza sobre una sociedad rural que giraba en torno a las relaciones entre los labradores y los jornaleros, entre los medianos y pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros, de un lado, y los trabajadores sin tierra, de otro lado. Los primeros, conservadores y reaccionarios en buena medida, absorbieron la mayor parte del impacto de esa revolución social, que causó estragos en sus filas, llevó a muchos de ellos a la muerte y despojó a muchos otros de sus bienes. Los segundos, los jornaleros, todo lo contrario. Eran militantes, afiliados o simpatizantes de las organizaciones políticas y sindicales que protagonizaron el proceso revolucionario. No tenían nada que temer.

Pasó el verano y llegó el otoño. Los anarquistas no habían logrado aprovechar la oportunidad que el fracaso de la rebelión militar en la región les había brindado. No consiguieron expandir su organización por el campo y su influencia sobre la riqueza rústica era mínima. Los anarquistas eran pastores sin rebaño. Y no solo porque la parcela de poder que ocupaban entre los comités y las milicias fuera pequeña, sino también porque su estrategia estaba basada en la movilización de los jornaleros, que pertenecían a la UGT, y porque su organización no contribuía mucho a establecer contacto con los pueblos. Los campesinos habían sido maltratados. El Estado había perdido la capacidad de mantener su monopolio sobre el uso de la fuerza y había quedado incapacitado para proteger a sus ciudadanos. Y las organizaciones políticas y sindicales que habían movilizado hasta entonces a los campesinos habían sido borradas del mapa. Los revolucionarios se las habían llevado por delante. Los campesinos eran un rebaño sin pastores. Habían quedado desprotegidos jurídicamente y desamparados políticamente. La revolución social estaba en punto muerto. La guerra estaba lejos de terminar. La lucha por el poder acababa de comenzar. Y todo iba a depender de la movilización de la población.

Los anarquistas empezaron entonces a proteger y a amparar a los campesinos, reelaboraron su estrategia de la Alianza Obrera Revolucionaria, enunciaron su política de respeto al pequeño propietario, levantaron nuevas estructuras organizativas y fundaron nuevos medios de comunicación. Cosecharon un éxito sin precedentes. Los socialistas y los comunistas se lo habían puesto bastante fácil. A los anarquistas les bastó con aprovechar el descontento y el malestar que el proceso revolucionario había generado

entre los campesinos. Las muertes y las incautaciones, sobre todo, pero también las detenciones, las multas, las confiscaciones, los saqueos y los destrozos, les empujaba con fuerza hacia la CNT, una organización que no había participado de estas acciones y que estaba dirigida por personas que sostenían abiertamente su propósito de proteger y representar a los sectores de población sin protección y sin representación. La expansión de la CNT por los pueblos de la región era la llave que los anarquistas necesitaban para acceder al poder local y para controlar la economía regional. Lo que necesitaban para mandar en los pueblos y para constituir colectividades. Porque un sindicato de la CNT significaba derecho a tener representación en el consejo municipal y a recibir parte de la tierra expropiada a las personas que habían intervenido en la sublevación militar.

Ni los socialistas ni los comunistas aceptaron el avance de los anarquistas. El rebaño que estos habían reunido estaba repleto de ovejas descarriadas que habían sido rechazadas en el redil de aquellos. Porque no eran dignas. Los campesinos conservadores y reaccionarios que habían sobrevivido al proceso revolucionario no merecían ni protección ni representación. Y ni los socialistas ni los comunistas iban a quedarse de brazos cruzados viendo cómo los anarquistas se las proporcionaban. Recurrieron a la fuerza. Provocaron varias decenas de muertes tanto entre los anarquistas como entre los campesinos. No lograron impedir la expansión de la CNT por el campo. Los anarquistas consiguieron fundar sindicatos por doquier. Pero sin violencia los sindicatos habrían sido más numerosos. Consiguieron igualmente entrar en los consejos municipales y constituir colectividades agrarias. Y eso que los socialistas y los comunistas también trataron de bloquear el acceso al poder de los anarquistas y la entrega de tierra a la CNT. Su oposición dificultó que la CNT participara en el consejo municipal de muchos pueblos y recibiera la parte de las fincas incautadas que le correspondía. Los campesinos, por lo demás, no se limitaron a propiciar el progreso de los anarquistas en la región, sino que aprovecharon la oportunidad que las llamadas a filas configuraron dentro de la CNT para tomar el control de los sindicatos y acceder al poder local directamente, sin intermediarios.

El éxito de los anarquistas entre los campesinos de esta región tuvo consecuencias. La victoria en la guerra pasaba, a su modo de ver, por que la UGT y la CNT establecieran su hegemonía sobre los partidos y su control sobre la economía, por que la UGT y la CNT organizaran la política y socializaran los medios de producción. La victoria en la guerra pasaba, en definitiva, por la Alianza Obrera Revolucionaria. Hasta el otoño de 1936 la UGT no había estado por la labor. En el invierno de 1937, sin embargo, las relaciones entre los dos sindicatos cambiaron. Los dirigentes de ambas organizaciones comenzaron a celebrar reuniones y a hablar de unidad. Y la Alianza Obrera Revolucionaria se hizo realidad. Pero demasiado tarde, en el invierno de 1938, después de que los partidos se hubieran impuesto a los sindicatos en la batalla por el poder, después de que los socialistas de izquierda que apostaban por desplazar a los partidos hubieran perdido del todo la dirección de la UGT en favor de los socialistas de derecha y los comunistas y después de que los partidos hubieran conseguido colocar la economía fuera del alcance de los sindicatos y bajo el control del Estado. ¿Qué había impedido entonces que la UGT y la CNT se pusieran de acuerdo?

Los enfrentamientos entre afiliados de ambas organizaciones. La violencia que socialistas y comunistas utilizaron para impedir que los anarquistas expandieran su organización por el campo a base de campesinos derechistas obstaculizaba el entendimiento entre los socialistas que dirigían la UGT y los anarquistas que orientaban la CNT. Estos consideraban que eran la prueba de que la Alianza Obrera Revolucionaria

era necesaria. Aquellos, la de que era imposible. La violencia entre los dos sindicatos era un obstáculo insalvable. Violencia que, por lo demás, no obedecía al propósito de los comunistas de impedir la Alianza Obrera Revolucionaria, como denunciaban los anarquistas. La violencia entre sindicatos, que era una violencia política, dirigida a disputar el poder, no estaba, sin embargo, determinada solo por factores ideológicos, sino, ante todo, por factores sociales. Los afiliados a los sindicatos no se entendían entre ellos no solo porque unos eran de derechas y otros de izquierdas, sino, ante todo, porque unos eran medianos y pequeños propietarios y otros jornaleros. Dos grupos sociales que habían sido alejados el uno del otro por la crisis económica y la política socialista antes de la rebelión militar y que habían acabado separados por un abismo tras el proceso revolucionario que siguió a su neutralización.

En esta región los anarquistas eran las víctimas. En otras, los verdugos. Aquí los anarquistas movilizaban a los propietarios y los socialistas y los comunistas, a los jornaleros. En las demás regiones los socialistas y los comunistas eran los que protegían y representaban a los propietarios y los anarquistas, los que movilizaban a los jornaleros. Lo mismo daba. La conclusión a que llegaban los socialistas era en todos lados la misma. La violencia entre los dos sindicatos era un obstáculo insalvable en el camino hacia la Alianza Obrera Revolucionaria. Y así fue. De modo que la Alianza Obrera Revolucionaria, la estrategia que los anarquistas proponían para ganar la guerra mediante el establecimiento de la hegemonía sindical sobre la política y sobre la economía, no salió adelante solo por razones ideológicas, porque los socialistas y los anarquistas no encontraran un punto de acuerdo sobre el que levantar la unidad de acción de la UGT y de la CNT, sino, sobre todo, por razones sociales, porque la fragmentación que caracterizaba a la sociedad rural española en el momento en que aconteció la rebelión militar configuraba un escenario y en el que socialistas y comunistas, de un lado, y anarquistas, de otro lado, terminaban luchando a muerte por el poder y por la tierra en nombre de sectores sociales enfrentados, como eran los jornaleros, por una parte, y los propietarios, por otra parte.

Los labradores castellanos que optaron por la CNT no lo hicieron, en todo caso, seducidos por el discurso de los anarquistas sobre la colectivización de la propiedad. Los labradores de otras regiones tampoco entraron en la UGT o en la Federación Campesina en virtud de lo persuasivo que resultaran los discursos de socialistas o de comunistas sobre la tierra. Lo hicieron, por el contrario, por pura necesidad. Esos campesinos precisaban de organizaciones que les sirvieran para proteger sus vidas y sus bienes frente a los revolucionarios y para representar sus intereses en el poder local. Los castellanos eligieron a la CNT. No había muchas alternativas. La UGT y los partidos comunista y socialista quedaban descartados, claro. Eran las organizaciones que mayor protagonismo habían tenido en el proceso revolucionario. Quedaban los partidos republicanos de izquierda. Algunos optaron por esta vía. En concreto, por Izquierda Republicana. Había, incluso, lugares en que los afiliados a la CNT pertenecían igualmente a dicho partido. No era incompatible. Los republicanos, sin embargo, no se tomaron eso de proteger y representar a los campesinos tan en serio como los anarquistas. En otras regiones tuvo que ocurrir algo similar. Los valencianos, por ejemplo, optaron por la Federación Provincial Campesina, el sindicato impulsado desde el PCE, porque fueron los comunistas los que apostaron con mayor decisión por su protección y su representación.

El curso desfavorable de la guerra y las constantes movilizaciones militares estropearon los planes que los anarquistas tenían previstos para los labradores de la

región. Los primeros consideraban que los segundos no eran de fiar. Porque habían estado siempre al otro lado de la trinchera en los enfrentamientos de clase. Los anarquistas habían intentado convencer a los pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros que sus intereses y sus enemigos eran los mismos que los intereses y los enemigos de los jornaleros. Sin éxito. Ahora, de repente, tocaba movilizar a los labradores. Los anarquistas sabían que no había habido cambio de mentalidad, que esos labradores seguían convencidos de que sus intereses y sus enemigos no eran los de los jornaleros. Por eso había que mantener a los primeros en cuarentena. La escasez de militantes que aquejó a la CNT desde el principio y que las llamadas a filas no hicieron más que agravar hizo saltar por los aires los mecanismos con que los anarquistas levantaron dicha cuarentena. Y los labradores pasaron a dirigir los sindicatos. Y, lo que era peor, a nombrar a los representantes de dichos sindicatos en los consejos municipales. No tiene nada de extraño que nadie moviera un dedo cuando los militares rebeldes ocupaban la región con sus tropas. En muchos pueblos los que estaban al frente del poder local llevaban tiempo esperando ese momento